

LIBROS

Los mira-rusos

Una de las profesiones intelectuales más lucrativas en el mundo de Occidente ha sido y es aún la de observador del fenómeno soviético. Una legión heterogénea e intencionada de profesores, diplomáticos con años de servicio en Moscú, periodistas, exiliados de diversas capas, psicólogos del «alma eslava», lingüistas (el Pentágono está contratando ahora especialistas en lenguas extranjeras), revisionistas, trotskistas y simples aficionados han formado lo que se ha llamado familiarmente, con una palabra al mismo tiempo irónica y admirativa, «kremlinólogos». Las observaciones de estos expertos debían orientar la política de los Estados Unidos. El hecho de que con gran abundancia el resultado haya sido el contrario, que los kremlinólogos hayan adoptado frecuentemente en sus informes la política conveniente a Estados Unidos, es una muestra del triste destino del intelectual a sueldo. Los informes de los kremlinólogos son privados o públicos. Los privados son aquellos destinados exclusivamente al consumo de la autoridad que los emplea. Los públicos, en forma de libros, panfletos, artículos o conferencias, han sido integrantes de la guerra fría. La audiencia de que gozan estos mira-rusos se explica por el bien difundido mito de la oposición de métodos políticos entre el mundo comunista y el mundo occidental: todo lo que pasa en el mundo soviético es «secreto», «silencioso», «oscuro», mientras las decisiones en los países democráticos se debaten en público, con «luz y taquígrafos». Ninguno de los dos extremos es absolutamente cierto. Paradójicamente, los kremlinólogos han contribuido a la oscuridad y a la confusión en el mundo que trataban de elucidar. Un esclarecimiento definitivo hubiera acabado con su profesión y hubiese servido mal a quienes les empleaban. Paralelamente, el sentirse observados y analizados por unas

decenas de miles de ojos enemigos dispuestos a interpretar todo en un sentido negativo ha ido acentuando más y más la tendencia a la ocultación y al secreto de los dirigentes del Kremlin, lo cual ha excitado más la tendencia a observar y analizar desde las esferas exteriores.

La frase que pone Michel Tatu como introducción a su libro de kremlinólogo (1) es del marqués de Custine, en 1839, y explica ya el origen del tópico: «Cuando hay libertad, todo se publica y se olvida, porque todo se ve de

Deutscher (2); otro, más somero, del periodista italiano Piero Ottone (3). Krutchev lenguaraz, vivaracho, incansable activista y propagandista, fue una sorpresa para los mira-rusos, tras la etapa tétrica de Stalin. Fue, también, una excepción antes del «tándem» gris y silencioso de Brejnev y Kossiguin. Caído ya, Krutchev no produce gran respeto en sus observadores. El italiano Ottone —que fue corresponsal en Moscú del periódico derechista «Corriere della Sera», en 1956, y regresó diez años

de unos pocos años más, hará anticuadas e insostenibles las relaciones, instituciones, leyes y prácticas políticas que han estado arraigadas profundamente durante tanto tiempo y que parecían indestructibles». Es lo que Ottone llama «la tercera reforma», que «está determinada por una clase de individuos bajo la presión de las circunstancias». «Hoy, los hombres de gobierno comienzan a dirigirse a los hombres de ciencia para ser instruidos e iluminados», dice para explicar la clásica cuadrada tecnócrata de nuestros días —sociología, ciencia, economía y técnica— dirige por sí misma a la URSS. El método de Michel Tatu es típico en los kremlinólogos de tipo americano o americanizado. Es el examen de todo por la clave de la «lucha por el poder». Una fijación que arranca, efectivamente, de los momentos de la revolución de octubre. Política exterior e interior, reformas, economía, actitudes frente al mundo y a los países, estarían simplemente explicadas por el afán de poder y mando de individuos y grupos, al margen de los intereses nacionales, internacionalistas o de partido. Por eso tiene tanta importancia el examen de los signos: la aparición o no aparición de determinados personajes en actos públicos, el orden protocolario de prelación, los ascensos o degradaciones

de personajes menores que implican la importancia creciente o decreciente de sus protectores... Tatu cree también en una dinámica de vida, en una confrontación entre «el poder actual» y las «fuerzas vivas» de la nación, y su conclusión es que éstas llevarán poco a poco a la instauración de una «legalidad»: es decir, que el poder —que considera arbitrario— se adapte cada vez más al respeto a los textos institucionales y estatutarios y, en consecuencia, a una «parlamentarización».

Otro libro de kremlinólogo es del norteamericano Thomas J. Blakeley (4), sobre la filosofía soviética. Sorprendentemente la emparenta con la escolástica medieval, tantas veces maldita por los autores marxistas. Si los escolásticos detenían todo avance del pensamiento allá donde podría entrar en colisión con la fe religiosa, los filósofos soviéticos se limitan a aceptar, por verificación metadogmática, todas las teorías que coincidan con las definiciones del partido (misión histórica del proletariado, destino comunista de la Humanidad y principios del marxismo leninismo), y rechazan como erróneas todas las teorías contrarias a esas definiciones. ■

E. H. T.

(4) Thomas J. Blakeley, «La escolástica soviética». Alianza Editorial. Madrid. El libro de bolsillo. Traducción de C. Montaner.



Krutchev: el último mujik que habló al mundo en nombre de Rusia.

una sola ojeada; bajo un gobierno absoluto todo se oculta, pero todo se adivina: lo cual motiva un profundo interés». Tatu, corresponsal en la URSS durante muchos años de «Le Monde», ha aceptado la pensión y el patrocinio de una institución de kremlinología, el Instituto de Investigaciones sobre Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia, para escribir su voluminoso libro, en el que se estudia, minuciosa y documentalmente, la fascinante época contemporánea en la URSS: la destalinización, la ascensión de Krutchev al poder y su caída, la implantación de la dirección colectiva. Simultáneamente aparecen en España otros dos libros con el mismo tema: uno del viejo militante trotskista Isaac

después— cree que el deshelo iniciado por Krutchev no fue más que un preludio y una «pérdida de tiempo», y que, incluso, tal deshelo se producía a despecho suyo y no por su voluntad. Para Deutscher es «el último mujik que habló al mundo en nombre de Rusia». Uno y otro vienen a coincidir que hay en la Unión Soviética una dinámica de vida que presiona a los políticos y les supera, y que éstos no hacen más que contener o retrasar un proceso que les parece irreversible. Para Deutscher, lo más importante es el «tremendo fluir de la sociedad soviética, que se está transformando tan rápidamente que, al paso

(2) Isaac Deutscher, «Ironías de la Historia». Ediciones Península. Barcelona. Traducción de Juan Ramón Capella.

(3) Piero Ottone, «La nueva Rusia». Editorial Kairós. Barcelona. Traducción de Domingo Santos.

(1) Michel Tatu, «El poder en la URSS». Biblioteca política Taurus. Madrid. Traducción de Florentino Trapero.

Violencia en Guatemala

Después de una prolongada estancia en el país, dedicado a tareas de orden sociológico, Juan Maestre Alfonso nos ofrece un completísimo informe sobre la situación actual de Guatemala, sus raíces y sus condicionamientos («Subdesarrollo y violencia... Guatemala», Editorial IEPAL), re-

dondeado con una rica aportación documental y una selección de la antología publicada por la esposa del autor, María Luisa Rodríguez, bajo el título de «Poesía revolucionaria guatemalteca».

Juan Maestre es un sociólogo madrileño, buen conocedor de los problemas de nuestro Mediodía —sobre los que ha publicado diversos trabajos— y, en general, de los del llamado «Tercer Mundo», especialmente, como hemos dicho, de los de la tierra gobernada por Méndez Montenegro, que es también la tierra del primer proyecto transformador importante, el de Jacobo Arbenz, el reformista expulsado por la C. I. A. La tierra también de la United Fruit.

El de Juan Maestre constituye, creemos, el primer informe sobre Guatemala de carácter exhaustivo aparecido en nuestro país. Parte el autor de un estudio social en profundidad, que abarca desde un análisis del medio na-



natural hasta un intento de descripción antropológica de los distintos grupos que integran la sociedad guatemalteca. A los efectos de la obra, resulta de especial interés la consideración de las características del proceso histórico que ha desembocado en los recientes conflictos sangrientos que cruzan la vida de aquel país. La médula del libro la componen los estudios dedicados a las clases, los grupos, las capas y las camarillas en que hincan sus raíces las diversas fuerzas en presencia. La nefasta intervención norteamericana, y su peso sobre los organismos gubernamentales, merece asimismo la atención del autor. El libro de Maestre, muy completo, como hemos expuesto más arriba, adquiere un singular valor, más por la rica contribución de datos, descripciones y análisis, que por el cuidado del estilo; el autor ha preferido hacer más sociología que literatura, y su libro, juzgado de acuerdo con tales intenciones, constituye un pleno acierto.

Por su lado, "Poesía revolucionaria guatemalteca" se sitúa, más o menos, en la misma línea de propósitos. María Luisa Rodríguez ha realizado una buena selección, en la que debe valorarse, en primer lugar, su contenido de incitaciones y revulsivos tendentes a crear, por vía de urgencia, una conciencia de la realidad socio-política del país. No será, pues, justo formular un juicio estético estricto; hay que medir su eficacia antes que su calidad. Entendemos que éste ha sido el criterio selectivo de la antóloga, sin duda plausible. En cuanto a los valores puramente poéticos, se advierte con claridad una profunda influencia de Neruda, especialmente en Ovalle, en Flores, en Castillo. Destacan, por su calidad, los poemas de M. A. Asturias seleccionados. Muy certero y riguroso el estudio que sirve de introducción. ■ EDUARDO G. RICO.

Una historia triste y reciente

La tarea de renovación emprendida en su día por el que fuera excelente historiador catalán Vicens Vives, comenzó a dar sus frutos hace ya algún tiempo. Su incorporación a la Universidad española —y junto a él la de un cierto número de historiadores de la «nueva corriente»— significó una importante ruptura res-

pecto a los «moldes pedagógicos» impuestos en los años que siguieron a nuestra guerra civil. No obstante su muerte prematura, la desaparición del profesor Vicens Vives no impidió que su labor docente diera origen a la creación de una corriente metodológica —más o menos uniforme, pero, en todo caso, importante, si se considera el contexto en que hubo de desenvolverse—, continuadora de su obra... Y sirva de algún modo este preámbulo para intentar situar el origen del autor de la «Introducción a la Historia Económica de la España Contemporánea» (1). Valenciano, joven —treinta y un años—, Juan Antonio Lacomba cuenta con un brillantísimo historial académico en su especialidad, la Historia. Titular desde 1964 de una cátedra de Instituto de Enseñanza Media en Málaga, alterna su labor docente desde el curso pasado como encargado de la cátedra de Historia Económi-



ca en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de aquella capital.

En este su primer libro —muy bien editado por Guadiana de Publicaciones, en su colección «Biblioteca Universitaria de Economía»—, el profesor Lacomba aborda y sistematiza la compleja problemática económico-social que tan tristemente configurará nuestro siglo pasado para concluir, en su segunda parte, con la caída de la Dictadura de Primo de Rivera; refleja —con la utilización del dato y de las citas oportunas— las flagrantes contradicciones y los trágicos desequilibrios entre las fuerzas sociales que condicionaron toda una Historia que todavía no

(1) «Introducción a la Historia Económica de la España Contemporánea». Guadiana de Publicaciones.

parece concluida. Como se decía, el libro arranca en los comienzos del XIX y termina con el final de la Dictadura. En la última parte del libro se acompaña una completa y utilísima cronología de los hechos más importantes acaecidos en nuestro país desde comienzos del siglo pasado hasta 1969.

Se trata, en definitiva, de un libro que reviste especial interés, que escapa a las estrictas necesidades del profesional y del estudiante para ampliar su centro de atracción al lector medio. Un libro, en suma, que sirve para ampliar considerablemente el horizonte de conocimientos que existen sobre la época. ■ ANTONIO JAVALOYES.

La hora de los coroneles

Alfonso Palomares se ha especializado en el estudio de África y de sus problemas sociales, económicos y políticos. En esta empresa se ha servido de su condición de periodista —que garantiza la calidad y la cantidad de su información— y de sus dotes de escritor (Premio Café Gijón de novela, finalista en otros). Sus contactos con la realidad africana datan de antiguo: ya a comienzos 1965 —si no recordamos mal—, TRIUNFO publicaba una entrevista suya con Ben Bella y un reportaje sobre Argelia, reveladores ambos de sus preocupaciones africanistas. Estas preocupaciones acaban de traducirse en un libro de elocuente título: "África: la hora de las violencias" (Editorial Zero, S. A., Madrid).

Arrancando de lo que denomina "la hora de los coroneles", de los golpes de Estado,



analiza dos de los más señalados, el de Ghana y el derrocamiento de Modibo Keita. Son ciertas sus apreciaciones

acerca de la intervención del Ejército en la política y del papel público de las "élites", carentes de raíces nacionales, emparentadas con otras culturas. El autor subraya, sin embargo, la distinta naturaleza de los Ejércitos de aquellos países que han accedido a la independencia tras un largo esfuerzo y en algún caso por medio de la lucha armada. Un estudio aparte le merece la Organización de Unidad Africana, a la que observa constreñida en su actuación, por las dificultades que promueve el neocolonialismo con su diversa presencia. Asimismo

despierta su atención la dialéctica de los bloques y su repercusión en el continente africano, casi nunca favorable al normal desarrollo de economías y culturas. Particular interés ofrece su análisis sociológico, que señala muy bien los lamentables resultados de la inexistencia de un proletariado propiamente dicho y de una burguesía nacional con perspectivas autónomas. El libro de Palomares, que responde a una variadísima temática, constituye un buen informe o una eficaz introducción a la problemática africana. ■ E. G. R.

Descubridora, mecenas, poeta, pintora. HA MUERTO LA VIZCONDESA DE NOAILLES

La vizcondesa de Noailles ejerció en nuestro tiempo la antigua función del mecenazgo. Muchos artistas españoles que buscan en París un clima para sus proyectos lo encontraron gracias a Marie-Laure de Noailles, y, además de un clima, a veces un hogar y unos fondos para resistir y trabajar. De sus arcas salió el dinero que permitió a Luis Buñuel, en 1930, rodar «La Edad de Oro» —su segundo gran film experimental: el primero fue «Un perro andaluz»— y, al mismo tiempo, ayudó a Salvador Dalí a salir adelante. Se dijo que un gran pintor español se suicidó por el amor de la vizcondesa cuando ésta había ya sobrepasado los cincuenta años. La película de Cocteau, «La sangre de un poeta», los primeros ballets de Francis Poulenc, pudieron producirse gracias a Marie-Laure de Noailles. Pero no le bastaba la obra ajena y creaba también la suya propia. Principalmente la poesía y la novela. Más tarde se dedicó a la pintura y las artes decorativas. Marie-Laure de Noailles tenía sesenta y siete años al morir en París, el 30 de enero.

ARTE

Hace algunos años, el viento aformalista —desencadenado hasta extremos de verdad e ro vendaval— amenazaba con destruirlo todo: el arte del pasado y aun el que, en el presente, trataba de organizarse de una manera normativa, formal o geométrica. Ahora sabemos —o por lo menos cree saberlo este cronista— a la necesidad histórica a que en su fondo obedecía aquella furia iconoclasta: pretendía, de una vez y para siempre, echar los cimientos de una cultura nueva, para lo cual necesitaba derribar a lo que aún quedaba de la vieja. Era la última batalla entre el viejo y el nuevo orden del arte, que venía a sintetizar y a significar la última batalla

entre el viejo y el nuevo orden de la vida. El aformalismo destruyó a la forma porque la forma era el reducto de la belleza, la cual, a su vez, venía a ser como la manifestación olímpica de toda forma de idealismo. Yo creo que el aformalismo logró sus objetivos en lo que al arte se refiere, por lo cual puede irse ya aboliendo paulatinamente a sí mismo y dando paso a nuevas manifestaciones del arte, las cuales, a su vez, responden a nuevas necesidades históricas.

Ahora bien, si el aformalismo logró sus objetivos, ¿cómo es que subsiste, o por lo menos renace, un nuevo arte de la forma, igualmente normativo y encadenado metodológicamente a la geometría? Porque ese arte que ahora nos